

Historias extrañas de Japón

Ana Nuñez Traves

Extrañas historias de Japón



Capítulo 1

Prólogo (introducción al yurei y yokai)

Siempre me he sentido atraída por Japón. Además de verlo como un país con una cultura y una historia milenaria, en el que lo actual y lo tradicional contrastan de una manera brutal y fascinante, considero que los occidentales deberíamos adoptar más de una de las costumbres de sus habitantes. Los nipones son famosos por ser increíblemente amables, educados, silenciosos, ordenados y, sobre todo, respetuosos con los demás. Pero aparte de estos hábitos, también tienen otros realmente extraños, a los que más de uno se atrevería a calificar como excentricidades, esas son las costumbres niponas que más me gustan... Sobre todo las relacionadas con los fantasmas.

En Japón, todo aquello que esté relacionado con estos seres sobrenaturales es de lo más normal del mundo, tanto que para ellos, una conversación sobre fantasmas es tan común como lo sería aquí relacionada con recetas de cocina. Para los japoneses hay dos clases de seres sobrenaturales:

Por una parte están los yurei, cuyo nombre significa, literalmente, alma fallecida, el equivalente oriental a los fantasmas que conocemos aquí. Son almas atormentadas de aquellos que no han podido cruzar con éxito al otro lado, ya sea porque aún les queden asuntos pendientes, no hayan tenido un funeral adecuado, hayan cometido suicidio o hayan muerto en extrañas circunstancias. Suelen presentarse entre las dos y las cuatro de la madrugada para asustar o atormentar a aquellos que los ofendieron en vida, o a vengarse de aquellos que no les proporcionaron los ritos funerarios que se merecían. Normalmente tienen el aspecto de una mujer de largo y negro cabello, muy, muy pálida y vestida con una mortaja.

Después están los Yokai, su nombre significa criaturas extrañas, y todos juntos forma una gran galería de monstruos muy diferentes entre sí. Algunos totalmente inofensivos, que disfrutan simplemente asustando y espantando a los humanos, otros, en cambio, son realmente peligrosos... Muchos de ellos son humanos que en vida no se portaron del todo bien, ya sea porque fueron viles, egoístas, asesinos o ladrones, y a la hora de su muerte fueron maldecidos con una forma monstruosa, y condenados a sufrir la falta de todo aquello que arrebataron a otros para el resto de la eternidad. Es a estos últimos, a los yokai, a los que dedico las veinte historias de este libro, pero a diferencia del resto de todo lo que he escrito.

Fue la carta de una amiga la que me animó a escribir estas historias. Daniela tuvo la suerte de viajar a Japón con su novio el año pasado, y allí se convirtió en una de las personas más afortunadas que conozco, aunque

a día de hoy, sigue sin saber con certeza que fue lo que realmente. Al ser conocedora de lo amante que soy de estos temas, me escribió una carta relatándome todo lo que sucedió:

Daniela Gil Romero

Prefectura de Gumma,

Japón.

5 de Octubre de 2014.

iiiHola guapísima!!! ¿Cómo estás?

Como ya te conté en mis anteriores cartas, aún sigo alucinando con este país, cada día que pasa me sorprende con una cosa nueva. ¿Te acuerdas cuando me dijiste que aquí tenían electrodomésticos más avanzados que nosotros? Pues ayer aluciné cuando entre en el baño del restaurante en el que cenábamos, ¡el WC era tan súper, híper, mega moderno que me llevé un rato para saber cómo funcionaba! Sí, sí... Como te lo estoy diciendo, tenía botones hasta para calentar la taza antes de sentarte, alucinante...

Pero esta última semana fuimos menos de urbanitas y más de senderistas. Nos tiramos más de 7 días de caminata por el bosque, Fran quería llegar hasta el Sennokura-Yama, una montaña de más de 600 metros, y si podía ser, ascender un poco por él para poder ver los pinos y cedros japoneses que crecen en sus laderas. También me había hablado de un interesante templo budista que estaba a sus pies de una montaña, aquello último ya me interesaba algo más a mí, a veces tener un novio botánico es un rollo, ¿sabes, amiga?

Una noche salí de la tienda de campaña para ir al baño, Fran estaba roncando... ¿Cómo puede dormir tan a gusto en un saco de dormir? No me explico... Total, que aproveché y me di un paseo alrededor del campamento, el olor de las flores se hace más intenso por la noche y eso me encanta. Pero cuando levanté la mirada hacia las copas de los árboles vi una extraña figura en una de ellas. Era muy pequeña, y en un principio pensé que era un pájaro, pero no podía ser... No hay pájaros así de extraños. La figura iba ataviada con algo que me parecieron plumas, su nariz era larga y aguileña, ¿o quizá era un pico? En las manos llevaba una pequeña espadita, la cual agarraba con unas manos que parecían garras de pájaro, aquella cosa era realmente extraña... Cuando me acerqué para poder verlo mejor, se giró hacia mí, sus ojos resplandecieron en la oscuridad con un brillo feroz, y salió huyendo hasta perderse en la espesura.

Volví a la tienda y me dormí pensando que solamente había visto un pájaro extraño y autóctono, ya por la mañana no le daba apenas

importancia.

Al día siguiente llegamos al templo, y fuimos recibidos muy amablemente por aquellos hombres, por supuesto, nos pedían a cambio alguna limosna, a lo que nosotros les respondimos con alguna que otra bolsa de patatas fritas y fiambre que llevábamos para el camino. Durante nuestra estancia allí, que no ascendió a más de dos horas, uno de los monjes nos habló de un antiguo templo parecido a aquel, y que hacía ya más de 200 años que se incendió en extrañas circunstancias. Aquel mismo monje nos enseñó las ruinas de lo que un día debió ser una impresionante construcción, y nos dijo que habían sido los tengus los que lo habían incendiado. Intrigada, le pregunté que qué eran los tengus, me contestó que eran unas criaturas mitad humanas y mitad aves, y que son guerreros extremadamente diestros en el uso de la katana. Añadió también que había dos tipos de tengus, primero los nobles y los reyes, que vivían en palacios con techos de oro, después estaban sus sirvientes. También me dijo que vivían en el pico de la montaña, y que rara vez se les veía.

Ana, no sé por qué, pero la imagen de la criatura que había visto la noche anterior venía una y otra vez a mi mente. ¿Era un tengu? No me lo puedo creer, amiga... ¿No me toca la lotería y veo un tengu? ¿Qué posibilidades hay?

Ya la próxima vez te hablaré en persona, salimos para Madrid pasado mañana. ¡Estoy deseando enseñarte todas las fotos que hemos sacado!

Mil besos, amiga.

Daniela

Gaki

Joichi Nohara era un humilde carpintero de un pequeño pueblo de Otawa. Su jefe, el Señor Oguma, era el hombre más rico del pueblo, y también famoso por su tacañería y egoísmo. No habían sido pocas las veces las que Joichi había vuelto a casa sin un solo yen con el que poder dar de comer a su mujer, Saori y sus dos hijos, aunque solo fuera un duro mendrugo de pan para todo un día. Joichi y su mujer habían pasado en ocasiones varios días sin comer para que así sus hijos pudieran hacerlo.

—Se está aprovechando de ti.—Solía advertirle Saori.

Pero el cansado Joichi no se podía permitir perder aquel trabajo, y aguantaba resignado día tras día el maltrato que recibía de parte de su jefe.

Oguma siempre lo había hecho trabajar más horas de las habituales. Normalmente su jornada empezaba antes de que el sol saliera, y

terminaba una vez que se había puesto. Prácticamente no veía la luz del día, y sus manos estaban llenas de grietas y cortes debido al excesivo trabajo.

Una mañana Joichi pudo ver como una mujer, vestida prácticamente con harapos, entró en la carpintería del Señor Oguma con un pequeño pastel en sus manos. La mujer lo saludó cordialmente con una inclinación de cabeza.

—Buenos días, Señor Oguma.

Oguma levantó la vista de los papeles que estaba ojeando y la miró de arriba a abajo a través de sus largos mechones de pelo rojizo, su gesto al mirarla era indiferente, como si mirara a un perro. Ni siquiera le devolvió el saludo.

Joichi, que observaba la escena casi de reojo desde su rincón de trabajo, se compadeció en seguida de la mujer. La conocía de vista y sabía que ella y su hijo vivían prácticamente en la miseria. Además, hacía poco su hija había muerto, y sus dos nietos pequeños también vivían ahora en su casa, lo que sumaban dos bocas más que alimentar.

La mujer puso cuidadosamente la tarta encima de la mesa de su jefe.

—Le traigo un presente, Señor Oguma.—Dijo,—espero que le ayude a tener en consideración a mi hijo, para él sería un honor trabajar para usted.

—No tengo sitio para él.—Le contestó Oguma secamente, volviendo a dirigir la mirada a los papeles.

Los ojos de la mujer se hicieron enormes en su delgada cara, a Joichi le dio la sensación de que incluso empezó a temblar.

—Por favor, si usted reconsiderara...

—¡No!—Un manotazo de Oguma sobre su escritorio acompañó la negación. No le gustaba que lo molestara gente que, según él, no era digna ni siquiera de hablarle.—Le he dicho que no hay nada, ya tengo bastante aquí con Joichi. Con un hombre me basta.

La mujer agachó su cabeza en señal de disculpa, y se inclinó para volver a recoger la tarta. Oguma se le adelantó y la agarró. La mujer lo miró sorprendida.

—Le he informado de que no hay sitio para su hijo, no he dicho nada de

su presente.

La señora se despidió con un movimiento leve de cabeza y salió de la carpintería.

A Joichi le dio verdadera pena, imaginaba el brutal esfuerzo que esa mujer había debido de hacer para preparar aquella tarta, solo para pedirle trabajo su jefe. Pero ella no era la única, todos los días Joichi podía ver como varias personas del pueblo le pedían el mismo favor a Oguma, y este solo los trataba y miraba con desprecio.

El pueblo en el que vivía era una ciudad pesquera bastante pobre, y casi toda estaba dirigida por el poderoso Oguma. En cambio, en lugar de ayudar a la gente de su pueblo a prosperar y a no pasar penuria, parecía disfrutar viéndolos suplicar delante de él.

Oguma agarró la tarta y, cogiendo uno de sus pedazos directamente con sus gordas manos, se la empezó a comer, mirando a Joichi mientras masticaba y sonreía. Era un glotón, le gustaban todo, sobre todo los dulces. A Joichi le daba la sensación de que su barriga estaba más grande cada día.

“Llegará el día en que ni siquiera pueda sentarse en su escritorio”, pensaba Joichi, que bajó la mirada y siguió trabajando mientras sentía rugir su estómago. Llevaba dos días sin comer...

La buena o mala fortuna quiso que el Señor Oguma muriera dos meses después a causa de un infarto al corazón. De la noche a la mañana, el desolado carpintero se vio en la miseria total junto con toda su familia, pues el único heredero de su difunto jefe no tenía ninguna intención de seguir con aquel negocio.

Pasaron muchos días duros en la casa que le tenían arrendada a la señora Hatsumono, la cual, comprendiendo la situación de la familia, permitió que permanecieran en aquella casa durante el mayor tiempo posible, pero también necesitaba dinero...

—Lo siento mucho, Joichi.—Le dijo con todo su pesar—pero no puedo seguir manteniéndote aquí a ti y a tu familia, necesito el dinero del arrendamiento de esta casa. Mi familia también está pasando hambre.

La familia de Joichi recogió sus cosas, no sin soltar alguna que otra lágrima. No tenían ni idea de adonde irían, pues ni él ni su mujer tenían parientes cercanos que los pudiesen recoger en su casa hasta que él volviese a encontrar un trabajo para mantener a la familia. Abandonaron la casa de la Señora Hatsumono un frío día en el que los copos de nieve comenzaban a caer, estaban decididos a abandonar la ciudad cuando, medio enterrado en la escarcha que ya cubría todo el suelo, Joichi vio un

pequeño trozo de papel que llamó su atención.

—¿Qué será esto?—Dijo mientras se agachaba a cogerlo.

—Se le habrá caído a alguien, tíralo. No nos servirá de mucho.—Le dijo su mujer, mirando aquel papel de refilón.

Pero él apenas la escuchó, siguió observando aquel papel entre sus manos. Su sorpresa fue enorme cuando en la parte posterior del mismo leyó que era un folleto de lotería, cuyo sorteo se celebraría aquel mismo día.

—Es un folleto de lotería.—Le dijo a su mujer—¿quién sabe? Quizá hayamos tenido incluso suerte al encontrarlo.

En ese momento, ni el mismo Joichi supo la razón que tenían sus palabras, pues aquella misma noche, el folleto que había encontrado fue premiado con el mayor premio posible.

El Karma existía, y al final las buenas personas tienen lo que se merecen, al igual que las malas...

La familia de Joichi no salió del pueblo en el que siempre vivieron, al contrario, Joichi compró la antigua mansión del Señor Oguma a su heredero, al cual no le gustaba nada aquella ciudad. También se hizo con la antigua carpintería en la que trabajó tantos años bajo la tiranía de aquel hombre, y contrató a varios vecinos de la ciudad, entre ellos a Nikko, el hijo de la señora que un día había en la carpintería ofreciéndole un pastel a su jefe a cambio de un puesto de trabajo para él.

Los negocios prosperaron y sus hijos pudieron volver a la escuela, y ya nunca jamás les faltó ni ropa ni comida que llevarse a la boca. Joichi era el hombre más feliz del mundo cuando veía a su mujer vestida con las mejores y más caras telas, como una princesa, como ella se merecía...

El que fuera carpintero se hizo el hombre más querido de aquella ciudad, ayudando a todo aquel que lo necesitaba, al igual que a él lo habían ayudado cuando lo estuvo pasando tan mal.

"Nunca debemos olvidar de dónde venimos", pensaba a menudo Joichi.

Los años pasaron y la familia seguía prosperando, y con ella la ciudad. Todo Otawa sentía que Joichi era el responsable de que la ciudad floreciera de nuevo, habiéndole dado una nueva oportunidad.

Una noche, mientras Joichi y Saori daban de comer a las hermosas carpas koi del estanque de su jardín, vieron como dos de sus criados retiraban la basura de todo aquel día, dejándola en la puerta de la gran mansión para

que la recogiera el basurero. Los criados volvieron a entrar en la casa, quedándose ellos un rato más paseando por entre las primeras flores de la primavera. Fue al pasar cerca de la puerta principal de su parcela cuando escucharon un sonido extraño, como si alguien estuviera rebuscando entre la basura que sus criados acabaran de tirar.

—Será algún animal hambriento.—Dijo Joichi, tranquilizando a su mujer.

Pero el sonido no cesaba.

Temeroso de que fuera algo más que un animal, Joichi se acercó a la puerta y, intentando hacer el mínimo ruido posible, la abrió y se asomó a la calle. Lo que vio lo dejó helado.

Un extraño y esquelético ser, a excepción de su estómago hinchado, estaba husmeando en su caja de basura. Largos mechones rojizos caían alrededor de su rostro humanoide, su cuello era extremadamente delgado, tanto que era casi imposible de que algún alimento pudiera pasar a través de él.

Asustado, abrió un poco más la puerta y salió a la calle, armado con un rastrillo con el que cuidaban el jardín. Al escucharlo, aquella criatura dio un brinco asustada, y sacó la cabeza de entre la basura, clavando la mirada en Joichi, al que observó inmóvil durante unos segundos para después salir huyendo con un alarido.

Joichi volvió en el jardín, cerrando lentamente la puerta detrás de él. Su rostro estaba tan blanco como el papel, como si toda su sangre lo hubiese abandonado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué era?—Le preguntó nerviosa Saori.

Joichi tragó saliva, atrancando la puerta con el rastrillo, para que esta no pudiera ser abierta desde fuera

—Era el Señor Oguma...—Le dijo con un hilo de voz, parecía terriblemente asustado—tenía el rostro del Señor Oguma...

Los gaki son unos amorfos fantasmas, también totalmente inofensivos.

Supuestamente son la reencarnación de aquellas personas que, debido al mal karma de sus acciones pasadas (egoísmo, avaricia...) son condenados a deambular por el mundo sintiendo un hambre eterna que nunca podrán saciar.

Su aspecto es bastante extraño y desagradable, quedando en ellos pocos reflejos de las personas que llegaron a ser en su día. Sus vientres suelen estar considerablemente abultados pero vacíos, y sus cuellos, largos y

delgados, hacen imposible la ingesta de cualquier tipo de alimento o líquido.

En ocasiones, el pecado de la codicia que cometieron durante su vida mortal se reflejada en la obsesión que los gakis tienen por determinadas y humillantes sustancias, como las heces, cadáveres o los desperdicios, que en este caso el Señor Oguma, intentaba consumir.